

Javier Rebolledo
A la sombra de los cuervos



I. La cacería

1. Los dos pueblos

Mauricio vivía sobre una loma en la parte alta de San Rosendo, ahí donde el caserío comenzaba a deshacerse entre los quillayes, los peumos, los robles silvestres, el pasto verde y la maleza. Con algunos de sus hermanos y un grupo de vecinos formaba una pandilla. Jugaban a las bolitas, al fútbol y subían la loma hasta la cumbre, donde el pueblo se perdía por completo. Abajo, al costado derecho, se encontraba la gigantesca estación de trenes de San Rosendo, maestranza incluida, y las casas a su alrededor. Al frente, el río Laja, que ahí mismo confluye hacia el Biobío, y la línea férrea con un puente peatonal a un costado, que une con la otra orilla. En esta otra ribera se encuentra Laja, la ciudad vecina, a cuyas espaldas se levantan los edificios y chimeneas de la planta de celulosa perteneciente a la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (CMPC).

«Cruzábamos cerros hacia el río Laja en busca de moras. Elevábamos volantines. Cuando estaban arriba, mi idea era que, si les daba mucho hilo, podrían cruzar el río. Alguna vez sentí que lo lograba», recuerda hoy Mauricio, que para entonces tenía diez años de edad.

Su padre, Luis Alberto del Carmen Araneda Reyes, era un histórico maquinista de Ferrocarriles del Estado. En esos tiempos tenía veinticinco años de servicio y cuarenta y tres años de edad. Era un hombre que había vivido arriba de una locomotora, recorriendo distintos puntos del país desde sus dieciocho años. Estaba casado con Ruth. Ella era hija de comerciantes naturales de San Rosendo y se conocieron ahí, durante su primera destinación como ferroviario. Mauricio estudiaba en la escuela pública de San Rosendo. Sus hermanos, Jaime, de dieciséis; Luis

Emilio, de trece, y Jorge, de nueve, asistían a la misma escuela. Todos estaban acostumbrados a que su papá pasara largos períodos fuera de casa, alojando en alguna pensión, debido a los viajes en el tren que conducía. «Cuando venía del sur en la máquina, cruzando el puente que une Laja con San Rosendo, tocaba el pito. Mi mamá lo reconocía y decía “allá viene tu papá”.

Con los lajinos no se reunían demasiado. La frontera natural entre ambos poblados funcionaba. Además, Mauricio percibía que sus vecinos eran «más pagados de sí mismos. Ellos como que venían de una ciudad y miraban a San Rosendo como un pueblo», recuerda.

San Rosendo había crecido en torno a su estación de trenes, que lo dominaba todo. Fundada en 1863, con el tiempo llegó a tener unos quinientos funcionarios, entre los que laboraban de planta y los que pasaban por ahí de forma intermitente. En su interior concentraba la sala de máquinas, una construcción de cuatro mil metros cuadrados donde paraban locomotoras, vagones de pasajeros y de carga. Con maestranza incluida, la estación era punto de conexión estratégico entre los ferrocarriles que viajaban al norte y aquellos que iban al sur, y también de los ramales que se extendían más allá de la provincia del Biobío. San Rosendo era punto de detención obligado. Con la determinación estatal de usar el tren como unión entre los distintos puntos del país, numerosos trabajadores ferroviarios asentaron su vida ahí. Maquinistas, fogoneros, técnicos, empleados de oficina y mecánicos dieron vida a numerosas poblaciones y también a un desarrollo económico y comercial vinculado al ferrocarril.

En sus mejores tiempos, San Rosendo había llegado a los cinco mil habitantes, la mayoría vinculados a la estación de un modo u otro.

Por otro lado, la CMPC era la empresa privada más grande del país. Fundada en 1920, había partido con una planta de cartones en Puente Alto, muy cerca de Santiago. En 1951 se sumó la fábrica de papel de Valdivia. En 1957, Forestal Mininco pasó a formar parte de la empresa. A través de ella la CMPC plantaba, manejaba y explotaba monocultivos industriales para surtir de madera a la planta de celulosa ubicada en Laja y que comenzó a operar en 1959. Era la primera procesadora en Chile capaz de producir el compuesto que da origen a las distintas formas de papel. Ese mismo año inició sus funciones la planta de papel periódico Biobío, ubicada en Concepción.

Hasta antes de ese hito, Laja era un caserío disperso, mucho menor en tamaño y organización que San Rosendo. La llegada de la empresa y los cerca de 1.575 trabajadores que tenía bajo su servicio para 1973, trajeron consigo una explosión demográfica y comercial.

Siendo un poco mayor, Mauricio se dio cuenta de que la diferencia con los lajinos estaba determinada por los polos dominantes de la economía de cada lugar. «San Rosendo era el ferrocarril y, por ende, el Estado; Laja era la Papelera, o sea, la empresa privada. Pertenecer a la empresa privada y no trabajar con el carbón, más básico y rudimentario, hacía que los lajinos se consideraran de una condición superior».

Esta competitividad y a la vez diferencia traspasaba todos los ambientes de ambos pueblos. Los familiares de su madre, varios tíos de San Rosendo que habían florecido con la instalación de la Papelera, eran comerciantes y pequeños empresarios con dinero en los bolsillos y de tendencia derechista. «En cambio, mi padre era un funcionario de Ferrocarriles del Estado, militante del Partido Socialista, que formó parte de todas las incursiones de Allende. Para la campaña de 1970 nosotros, todos juntos, estábamos presentes y lo recibimos en San Rosendo el día que dio su discurso acá».

Además de militante socialista, el padre de Mauricio era un destacado dirigente sindical: director del Comité San Rosendo, parte del Seccional Concepción, perteneciente a la histórica Federación Santiago Watt, que agrupaba principalmente a maquinistas y fogoneros a lo largo de todo el país.

Desde ambas funciones, como militante y dirigente sindical, había apoyado una de las determinaciones fundamentales del gobierno de la Unidad Popular que había llegado al poder en 1970: incorporar a la CMPC al área social. Entendía que el país debía avanzar hacia un modelo socialista, solidario, centrado en la educación y en la fuerza del Estado frente a servicios que eran de vital importancia para el desarrollo de Chile en su conjunto.

Incorporar a la CMPC al área social, expropiándola debido a su carácter monopólico, fue un objetivo central del gobierno de Sal-

vador Allende y lo fue incluso durante la campaña, antes de su elección. El Estado se enfrentaba en este propósito a la familia Matte. Sus fundadores, Luis Matte Larraín y su hermano Arturo, habían forjado el imperio que nació en 1920.



Luis Matte Larraín.



Arturo Matte Larraín.

Luis Matte fue ministro de Fomento y Agricultura durante el primer gobierno del militar Carlos Ibáñez del Campo. Su hermano Arturo tuvo mucha mayor notoriedad pública como activo dirigente estudiantil en la carrera de Derecho en la Universidad de Chile. Militante del Partido Liberal, se casó con Esther Alessandri Rodríguez¹, hija de Arturo Alessandri Palma (presidente de la República por dos períodos) y hermana de Jorge Alessandri Rodríguez (también presidente de la República), alcalde por Buin durante dos períodos, ministro de Hacienda en el gobierno radical de Juan Antonio Ríos, senador tras la muerte de su suegro en 1950, y candidato presidencial en 1952, derrotado entonces por el general Carlos Ibáñez del Campo.

Arturo fue un cercano consejero de los dos presidentes Alessandri y, de hecho, uno de ellos, Jorge, ingresó a la sociedad de la Papelera gracias a la relación que forjaron luego de la muerte de Luis Matte en 1936.

Jorge Alessandri se vinculó a la Papelera a partir de ese año y, desde entonces, dejó su puesto en el directorio de forma intermitente solo para asumir cargos públicos como, por ejemplo, su período presidencial entre 1958 y 1964, desde donde estableció un gobierno de carácter empresarial. A pesar de ello, le tocó formar parte de la Alianza para el Progreso, programa creado por el

presidente de Estados Unidos John Kennedy, cuyo objetivo era «otorgar ayuda económica, social y política a los países de América Latina», pretendiendo oficialmente «promover las democracias» en la región y, extraoficialmente, limitar la influencia del comunismo, expresada en el continente por Fidel Castro y la Revolución cubana. Uno de los objetivos «sociales» de la Alianza para el Progreso era la reforma agraria, es decir, la redistribución de la tierra para su mejor explotación. A Alessandri le tocó entonces llevar a cabo la primera iniciativa en este sentido, conocida también como la «reforma del macetero», debido a su aplicación a baja escala y sin afectar, en su mayoría, las propiedades de los particulares que lo habían llevado al poder.

Cuando la amenaza de Allende y sus transformaciones sociales cobró forma, decidió salir del directorio de la Papelera para competir en las elecciones de 1970. Si bien no logró quitarle la Presidencia al candidato de la Unidad Popular, dejó puesta su marca de popularidad e influencia con un 35,2% de los votos, apenas detrás de su oponente. De vuelta en la presidencia de la CMPC, junto a la familia Matte, se atrincheró en la empresa y comenzó la defensa de la compañía.

Tras bastidores, la Papelera daba una lucha silenciosa iniciada desde antes de la llegada de Allende al poder. Sus huellas se revelaron en marzo de 1972, cuando el periodista Jack Anderson publicó una serie de documentos internos y de análisis político emanados de la International Telephone and Telegraph (ITT), una de las mayores compañías estadounidenses y del mundo, entonces dedicada a la telefonía y con fuerte presencia en Chile. En dichos documentos secretos, traducidos del inglés original, se mencionaba a Arturo Matte Larraín en su calidad de informante, analista y agente de la ITT. En un documento fechado en 1970, la ITT señala: «Arturo Matte dijo que las Fuerzas Armadas están de acuerdo sobre el grave peligro para la democracia que implica la llegada al poder de Allende. Están de acuerdo en que debe ser detenido. Sin embargo, los dirigentes de las Fuerzas Armadas y Frei prefieren una salida constitucional (o sea, la elección de Alessandri por el Congreso), lo que no excluye la violencia espontánea o provocada»².

La misma ITT analizaba, en otro de los documentos previos a la asunción de Allende³, la denominada «Fórmula Alessandri», que consistía en que este, producto de su alta votación, obtuviera el apoyo del Congreso, forzando la renuncia de Allende. Posterior a ello, de acuerdo con este plan, como presidente interino, Alessandri renunciaría también al cargo, cediendo así la primera magis-

tratura al presidente del Senado, quien ostentaría el poder durante sesenta días, fecha en que se llamaría a nuevas elecciones.

Uno de los documentos secretos de la ITT⁴ agregaba que las manifestaciones no eran vistas con malos ojos, sino como un facilitador de un violento cambio de régimen: «Una solución constitucional, por ejemplo, podría resultar de desórdenes internos masivos: huelgas, guerrillas urbana y rural. Esto justificaría moralmente una intervención de las Fuerzas Armadas, por un período indefinido». Pero se desprendía del documento, según la exposición de Matte, que había pocas esperanzas de que esto ocurriera. «Los marxistas no se dejan provocar», señalaba, «se les puede escupir en la cara en la calle, y darán las gracias. Esto significa que la ultraizquierda se da cuenta y toma todas las precauciones para neutralizar la provocación».

En su intento por evitar la llegada de Allende al poder, Arturo Matte habría sugerido al saliente presidente de la República, Eduardo Frei Montalva, un plan que implicaba llamar a un gabinete militar. «Esto sería una forma de provocación extrema, ya que insinuaría la organización de un golpe. Tendría un efecto psicológico claro sobre los parlamentarios votantes, que podrían estar indecisos sobre a quién darle su voto»⁵.

Según los documentos señalados, Eduardo Frei se encontraba preocupado por el daño a su imagen que acciones sediciosas podrían significarle. «Se le preguntó a Matte si se le podría convencer asegurándole el más pleno apoyo de Washington. Lo pensó un rato y, finalmente, dijo que le parecía que eso ayudaría»⁶.

Finalmente, como alternativa de solución, Arturo Matte Larraín informaba a la ITT que «los militares tienen planes de contingencia y están listos para las operaciones de cualquier magnitud que sean necesarias».

Un año más tarde de revelados los documentos secretos de la ITT, el exdirector de la CIA y en ese momento funcionario de la ITT, John McCone, confirmaba la validez de estos en medio de una investigación del Senado estadounidense. Agregó que la empresa había estado dispuesta a aportar un millón de dólares de la época para la tarea de evitar que Salvador Allende asumiera la Presidencia de la República. Los documentos, además, funcionaron como elementos de prueba para el Comité Church (presidido por el senador Frank Church), que entre 1975 y 1976 reunió a un grupo de parlamentarios estadounidenses para investigar las acciones de inteligencia de su gobierno y los abusos de la oficina ejecutiva del presidente de los Estados Unidos, lo que incluía operaciones de inteligencia realizadas clandestinamente desde el gobierno de Franklin Delano Roosevelt hasta el de Richard Nixon.

Uno de los motivos ocultos de la alianza entre Arturo Matte y los intereses estadounidenses era Laja Crown, empresa de maquinarias papeleras propiedad de los Matte en asociación con estadounidenses, que tenía entre sus funciones producir papel para las tarjetas informáticas de la empresa IBM⁷.

Mauricio recuerda que cada 11 de septiembre en San Rosendo se celebraba el Día del Profesor⁸. Le quedó grabado porque ese 11 de septiembre de 1973 llegó a clases como de costumbre. «Había regalos comprados por los apoderados y el lugar estaba adornado. Era un día de fiesta, alegre, pero nos devolvieron de la escuela y se suspendieron todas las actividades. Como niño, percibía el ambiente de presión, un ambiente difícil, de temor, de pánico», recuerda.

El 11 de septiembre de 1973, además, su padre no llegó a casa. Los cuatro hermanos, junto a su madre, escuchaban las noticias por la radio, enterándose de que el gobierno de la Unidad Popular había sido depuesto y que el presidente de la nación, Salvador Allende, había muerto.

Al parecer, a Luis el golpe lo había pillado cumpliendo funciones en el sur del país⁹. Recién el 13 de septiembre llegó en su máquina hasta San Rosendo, a primera hora de la mañana.

Algunos de sus compañeros habían huido a Santo Domingo, caserío rural ubicado al otro lado del río Biobío. «Mi padre se contactó con parte de los compañeros escapados y les dijo: “No tenemos nada que temer, no hemos hecho nada malo”, como forma de motivarlos, en el entendido de que no eran delincuentes. Sabía que estábamos frente a una derrota en todos los ámbitos. Desde el punto de vista de sus sentimientos, esto era la derrota definitiva de un sueño que acababa abruptamente», señala Mauricio.

Ya en casa, el 14 de septiembre, recuerda Mauricio, su padre, su madre y una tía proveniente de Laja conversaron en la habitación. «La pieza estaba en penumbras, sin luz artificial. Fue una conversación en tono de misterio; parecía un tema muy importante del que no se podía hablar de forma elocuente. Un tema de adultos. Mi padre estaba muy triste, abatido y derrotado».

Tiempo después se enteró de que en esa reunión su tía les traía un mensaje desde Laja. «Otro tío, rotario y muy de derecha, que era además mi padrino, le mandaba a decir a mi padre que mejor entregara todas las armas, porque si no lo hacía le iba a pasar algo malo. Mi padre le preguntó a qué armas se refería y ella le repitió que mejor las entregara, que lo que le recomendaban era para ayudarlo. Entonces mi madre reaccionó de manera dura y le dijo que se retirara de nuestra casa. Con el tiempo comprendí que esa imprudencia era el reflejo de lo que mucha gente de Laja, opositora a la Unidad Popular, pensaba en ese momento de gente como mi padre».

Ese mismo día, los ferroviarios de la Federación Santiago Watt se reunieron de emergencia en la casa de máquinas de la estación de trenes de San Rosendo. Asistieron unos veinte ferroviarios, entre ellos los que podían verse más complicados por las nuevas acciones de la dictadura: Luis y Juan «Choti» Acuña, colega que, como el padre de Mauricio, tuvo una intensa actividad durante el gobierno popular y que, además de socialista, era presidente de la Junta de Abastecimiento y Precios (JAP) de San Rosendo.

En la reunión, los ferroviarios analizaron la situación de ambos. Finalmente la directiva acordó ir hasta la comisaría de San Rosendo para hablar con el oficial a cargo y preguntarle si alguno de los afiliados al sindicato tenía problemas con la justicia. La respuesta habría sido negativa.

De este modo, el 15 por la mañana, Luis se presentó en la casa de máquinas de la estación de San Rosendo para verificar si acaso tenía que cumplir alguna tarea. Ahí le dijeron que una patrulla de Carabineros proveniente de Laja lo buscaba.

Ese día, todo San Rosendo supo que un grupo de carabineros había llegado luego de cruzar el río por el puente peatonal. Venían en traje de combate, con cascos, botas militares, armas largas, corriendo como soldados en tiempos de guerra. «Recuerdo haber bajado de mi casa ese día y haber visto a los carabineros quemando papeles que habían sacado de la sede del Partido Socialista», recuerda Mauricio.

A las cuatro de la tarde, aproximadamente, Luis comenzó su ascenso desde la estación hasta su casa por calle Balmaceda.

Cuando pasaba por el lado de la sede del Partido Socialista, se encontró con su compañero de labores y de sindicato, Eusebio Suárez. «Le dije que recién había visto pasar a un grupo de carabineros armados y que lo estaban esperando a la vuelta de la esquina, escondidos», recuerda Eusebio. «Me respondió que no podía hacer nada. Le insistí que partiera lejos en su locomotora por un tiempo, hasta que la situación se calmara, pero no quería. Decía que su suerte estaba echada. Fue imposible hacerlo entrar en razón».

Luis avanzó unos metros más por calle Balmaceda y en la esquina dobló a la izquierda por Latorre, hacia su casa. Ese día la gente solo asomaba los rostros por detrás de las cortinas. La regenta de la casa de remolienda de San Rosendo, doña Gumer-sinda o la «Tía Gume», lo vio pasar camino a su casa. «Ella también le habría advertido a mi papá que Carabineros lo venía a detener. Pero él continuó su camino», recuerda Mauricio.

Unos segundos después, Luis llegó a la esquina de Latorre con Baquedano, ya con su casa a la vista. Luis Emilio, Mauricio y su madre estaban afuera, sobre una escalerita de cemento. Jaime, el mayor, borraba propaganda allendista que su padre había pintado en un muro tiempo atrás. «Venía con su vestón plomo a rayas, pantalón café, zapatos negros, lentes ópticos de marco negro», declaró Jaime a la justicia mucho tiempo después¹⁰.

Desde el interior de las casas, varios vecinos observaban la escena. «Caminaba, adelantado del pelotón de Carabineros, apresuradamente. Lo venían presionando para que se detuviera», recuerda Mauricio.

Su esposa, Ruth, se desesperó y salió a su encuentro. Entonces, Luis le pidió al jefe del pelotón, el teniente de Carabineros Alberto Fernández Michell, que le permitiera despedirse de su familia. En medio de los carabineros, Luis se despidió de su mujer y compañera de vida, le pasó su reloj, algo de dinero y luego se lo llevaron con las muñecas amarradas.

«En ese momento pensé: “¿Cómo lo rescato?”. Sabía que se lo llevaban por una situación política. Para mí, eran los malos que se lo llevaban en un acto totalmente injusto. Entonces creí que mi padre solo podía ser salvado por una actitud heroica que

me era exigible, a nadie más que a mí», dice Mauricio, quien siguió al grupo durante tres cuadras cincuenta metros más atrás; su padre iba escoltado por las armas de Carabineros. «Cuando vi que lo ingresaron al retén de San Rosendo, me detuve. Tuve miedo. No tenía cómo rescatarlo. Fui a un negocio, llamé por teléfono a mi tío Pepe, comerciante de Laja, y le dije: “Acaban de detener a mi papá los carabineros de Laja”. A partir de ahí y por mucho tiempo se alojó dentro de mí la culpa por no haberme atrevido a salvar a mi padre. Me preguntaba: ¿podría haber hecho algo más por él?».